

En el bicentenario de Humboldt: sus contactos latinoamericanos durante el proceso de la Independencia*

Por Teodoro HAMPE MARTÍNEZ**

ESTA MI FELIZ VISITA A LA CIUDAD DE QUITO, hecha posible por la invitación del Gobierno de la Provincia de Pichincha, coincide con el bicentenario de la visita que hiciera a las tierras de la audiencia de Quito y del virreinato del Perú el sabio prusiano Alejandro de Humboldt (1802-2002). Por esta circunstancia mi aportación se orienta a interpretar la trascendencia histórica y cultural de dicho acontecimiento, que sirvió para conocer mejor la realidad en que vivían los propios súbditos del orbe hispanoamericano y ayudó a desarrollar lazos de integración entre nuestros pueblos. De manera particular, hurgando en la abundante correspondencia personal de Humboldt, nos fijaremos en los contactos que mantuvo el ilustre científico con América Latina durante el proceso de la Independencia, o sea inmediatamente después de concluido su famoso viaje a las regiones tropicales y equinocciales del Nuevo Mundo, que duró de 1799 a 1804.

El viaje americano llevado a cabo por el barón de Humboldt y su amigo Aimé Bonpland ha sido interpretado como la última manifestación de las ansias de descubrimiento científico de los europeos del siglo XVIII. En un plano más personal, representa también la expresión de un espíritu universal como el de Humboldt (verdadero *Universalgelehrter* o sabio ecuménico, según el término alemán). A los ojos de sus propios contemporáneos, la vastedad de conocimientos de este personaje era monumental: botánica, geografía, astronomía, biología, química, mineralogía, arqueología, lingüística, economía etc. Debido a su vocación multidisciplinaria, solía trabajar en las zonas limítrofes de variadas ciencias, y en esta virtud se le ha visto como uno de los precursores del rico y fundamental campo de la ecología (Bertaux 1997: 66-67).

Si bien las celebraciones por el bicentenario humboldtiano se han adelantado en Ecuador virtualmente un año, sobre todo en torno a la

* Ponencia sustentada en la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, el 16 de mayo de 2002, en el marco del IX Encuentro de Historia Nacional del Ecuador.

** Licenciado en Historia (Pontificia Universidad Católica del Perú), doctor en Historia (Universidad Complutense de Madrid), ejerce la docencia en la Universidad Científica del Sur, Lima; autor de varios libros, entre los últimos se encuentran *Santo Oficio e historia colonial* (1998) y *Testimonios del Perú y del mundo* (1998).

realización de la admirable muestra *El retorno de Humboldt*, exhibida en el Museo de la Ciudad de Quito (cf. Holl 2001), me permito señalar que este año 2002 será en el Perú el marco de una serie de manifestaciones artísticas, culturales y científicas. La Resolución legislativa 27529, promulgada por el presidente de la República, Alejandro Toledo Manrique, el 12 de octubre del 2001, ha establecido una Comisión Nacional encargada de elaborar, organizar y ejecutar los actos conmemorativos del bicentenario de la llegada de Humboldt al Perú. Esta comisión se halla presidida por el congresista Antero Flores-Araoz Esparza, en representación del Poder Legislativo, e integrada por representantes de un conjunto de instituciones vinculadas a la cooperación cultural germano-peruana y al legado científico de aquel insigne viajero.

Humboldt y la política, 200 años después

INFLUIDO por el espíritu de la Ilustración, pensador universal e investigador en casi todos los ramos del saber, el barón Alejandro de Humboldt (1769-1859) defendió permanentemente la independencia de sus ideas políticas y de su trabajo científico. Desde esta óptica, entendía que el saber debía estar al servicio del ser humano, debía ayudar al mejoramiento de sus condiciones de vida. Por lo mismo, además, se preocupó de dar la mayor difusión posible a sus hallazgos e impresiones de viaje y de gabinete; según sus propias palabras, “con el poder de la inteligencia sería posible conquistar el amplio globo terráqueo” (prólogo al *Cosmos*, vol. 1, 1845).¹

Si nos fijamos en las partes de la América española que recorrió —las actuales repúblicas de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Cuba y México—, veremos que Humboldt dejó en todas una huella profunda y duradera. El viajero respetó siempre la identidad y la autonomía cultural de las poblaciones aborígenes, inquiriendo acerca de sus raíces, sus costumbres, su espiritualidad. Y en las ciudades pobladas de gente blanca trabó contacto directo con los estudiosos lugareños, marcando así el inicio de un diálogo entre los grupos de poder (tanto intelectual como económico) de la Europa central y las élites criollas.

¹ Traducción libre del alemán. En la versión original leemos: “Wer von einer echten Liebe zum Naturstudium und von der erhabenen Würde desselben beseelt ist, kann durch nichts entmutigt werden, was an eine künftige Vervollkommung des menschlichen Wissens erinnert”, *Kosmos Entwurf einer physischen Weltbeschreibung*, Stuttgart. J.G. Cotta, s/f. [1869], vol. 1, p. xii.

Por otra parte, es un hecho que el viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo generó inmensa atención en el continente europeo: gracias a sus descripciones etnológicas y sus representaciones cartográficas y naturalistas se accedió a la variedad de riquezas que encerraba América, una de las partes de la Tierra más interesantes y peor conocidas hasta entonces. Los hombres de su tiempo, y Simón Bolívar entre ellos, vieron por tanto a Alejandro de Humboldt como “el segundo descubridor” del Nuevo Mundo, el que despertó la curiosidad por un hemisferio en vísperas de obtener su emancipación política. Claro que esta faceta descubridora ha generado una serie de críticas, sobre todo de parte de aquellos que denuncian el imperialismo neocolonial o poscolonial, y que han visto en el gran “fresco” diseñado por Humboldt como una llamada para aprovechar esos territorios de economía incipiente, esos fabulosos recursos del suelo, esa fuerza de trabajo tan numerosa como obediente (cf. Ortega y Medina 1960).

Si hubiera que creer en los destinos providenciales, no sería meramente casual que la fragata que llevó a Humboldt a las costas del Caribe en 1799 se llamara *Pizarro*. A la manera de un conquistador redivivo, pues, venía desde la corte de Carlos IV con cartas que le abrieron todas las puertas y todos los establecimientos oficiales en las colonias ultramarinas. Pero aun cuando se beneficiara con este generoso acceso a los medios de información subordinados al rey, no hay que perder de vista que su viaje había sido financiado enteramente por cuenta propia, y en tal medida los resultados de su investigación le pertenecían a sí mismo y a la comunidad en el sentido más amplio. Su meta principal era la ampliación de los conocimientos científicos y no algún tipo de maniobra política, bélica o financiera.

Al principio de esa célebre expedición, la división del trabajo estaba bien organizada: Humboldt se encargaría de realizar el cálculo de las longitudes y el estudio de los minerales, mientras Bonpland (1773-1858) tomaría a su cargo la observación de la flora y de la fauna. El alemán sería el redactor, su compañero haría las veces de dibujante (Botting 1981: 184; véase también Löschner 1988: 9-13). Pero ambos visitantes no quedaron al margen de la problemática político-ideológica extendida en todo el hemisferio, que entonces se debatía en reclamos contra el “pacto colonial” y en agitaciones sobre el derecho de los criollos a gobernar su patria. Y no dejaron de considerar con simpatía a la mayoritaria población indígena, lamentando su carácter esencialmente pasivo, ni ignoraron tampoco la oprimida situación de los esclavos negros, “piezas de ébano” importadas en virtud del comercio

triangular que unía al Nuevo Mundo con Europa y con África (cf. Tulard 1990: 19-21).

El discurso humboldtiano, al proclamar los beneficios del adelanto tecnológico y de la libertad de comercio, no hacía en verdad más que transitar las rutas habituales de la Ilustración, puestas de manifiesto ejemplarmente en la *Histoire philosophique et politique du commerce des Indes* del abate Raynal (1791). En este contexto, Humboldt utiliza frecuentemente el término “civilización moderna”, acompañado de *industria* y *comercio*, por oposición al reinado de la barbarie. Además, reparó en la falta de integración social y cultural y en la distancia que separaba a las esferas del poder respecto del país profundo, sobre todo en territorios —como México, Ecuador o Perú— donde el componente indígena tradicional era (y es) mayoritario.

En suma, la política no fue una dimensión ajena o indeseada para Alejandro de Humboldt: se habla inclusive de un modelo de “humboldtianización”, que pasaría por la incorporación necesaria de elementos materiales de Occidente —ciencia, tecnología, capital— para lograr un desarrollo interno en América Latina y en otras regiones de nivel atrasado (cf. Ette 1992: 131-132). Si bien es cierto que una concepción de tipo global inspiraba el pensamiento y la multifacética escritura del barón, él mismo no quedó al margen de la (inevitable) perspectiva eurocéntrica, que en algunas ocasiones le dificultó comprender la idiosincrasia y la realidad de los pueblos que visitaba. Así lo veremos en seguida, al tratar su relación particular con el Perú de comienzos del XIX.

Humboldt y el Perú: una visión crítica

DESPUÉS de haber recorrido intensamente las costas de Venezuela y la cuenca del Orinoco, la isla de Cuba y los espacios cordilleranos de Nueva Granada y Quito, Alejandro de Humboldt entró al territorio perteneciente a la Audiencia de Lima el 1º de agosto de 1802, tocando primero el caserío de Lucarque, a orillas del río Calvas, en la sierra del actual departamento de Piura (Miró Quesada 1966: 253). Según cuenta en su minucioso relato del viaje americano, el propósito original de su venida al Perú era unirse a la expedición francesa de circunnavegación que dirigía Nicolas Baudin y que en 1800 había realizado importantes descubrimientos en los mares del sudeste de Asia y en el Pacífico sur. Sin embargo, Baudin decidió finalmente cambiar su ruta, motivo por el cual no hubo oportunidad de que se encontrara con el barón en las costas de América (Orrego Acuña 1997: 69).

Humboldt, fascinado vivamente por los lugares remotos y exóticos, había abrigado la ilusión de empalmar con las islas de Polinesia y aun con las Filipinas. Si bien no logró materializar este deseo, se dio en tierras peruanas el gusto de admirar por primera vez el océano Pacífico o Mar del Sur —en las cercanías de Trujillo— y de observar el paso de Mercurio por el disco del Sol. Además, aprovechó su viaje para hacer estudios sobre los orígenes del río Amazonas, la cordillera de los Andes, la flora y la fauna, los vestigios monumentales del tiempo prehispánico y la realidad social contemporánea del virreinato (*cf.* Lohmann Villena 1960; Porras Barrenechea 1969: xlv). Junto con las características físicas y geográficas del territorio, pudo profundizar en el ámbito histórico y en los aspectos político, económico y social, dejando con sus apreciaciones un cuadro detallado de la vida peruana en los albores del ochocientos.

Interesante hecho es que Humboldt coloca sus informaciones acerca de monumentos y fenómenos de la naturaleza en comparación con los reportes previos de otros viajeros que habían estado en el Perú unos 60 ó 70 años antes que él: las obras de Amédée Frézier, Charles-Marie de La Condamine, Jorge Juan y Antonio de Ulloa formaban parte del bagaje del sabio alemán (Minguet 1969: 426). Se ha dicho que, junto con La Condamine —miembro de la expedición organizada desde París en 1736 para establecer la figura exacta de la Tierra—, Humboldt merece ser honrado como el pionero de las expediciones al interior del continente americano. Con estos personajes se inicia la descripción de los caracteres geológicos, se funda la geografía física y ganan en profundidad la climatología, la geomorfología y la investigación botánica. Para realizar dicha tarea, su método básico era el empirismo razonado (*cf.* Botting 1981: 187; Duviols y Minguet 1994: 120-127).

Abstracción hecha de las importantes observaciones naturalistas y astronómicas que realizó nuestro viajero, aquí trataremos de preferencia las críticas alusiones de Humboldt al estado social del Perú, y especialmente sus comentarios sobre Lima, una ciudad que encontró deslucida y arruinada. En breves palabras, intentaremos dar solución a esa imagen extrañamente negativa, a esa actitud tan dura: ¿qué fuentes o circunstancias moldearon su visión de la sociedad limeña?

El barón permaneció en dicha capital desde el 23 de octubre hasta el 24 de diciembre de 1802, tras haber venido en un incómodo viaje por litera a lo largo de la costa. Poco le impresionó ese recorrido por grandes tramos de arenal, sin verdor, sin árboles y sin lluvias. No había desde luego punto de comparación con los exuberantes paisajes de la cuenca del Marañón y de las montañas andinas, ni tampoco con

la frondosa vegetación de las costas del Guayas, que conocería poco más adelante.² Además, el noble prusiano venía a la ciudad de los Reyes nombre oficial de Lima— con una serie de imágenes preconcebidas, favorables retratos de esta metrópoli que se habían difundido en Europa desde la llegada de los grandes caudales de oro y plata en el siglo xvi (cf. Orrego Acuña 1997: 73).

El caso de Lima resulta excepcional frente al tratamiento que Humboldt solía brindar a las poblaciones que visitaba, pues no se encuentra una descripción en regla de sus cualidades físicas y urbanas, sino un par de cartas privadas en las que acumula una retahíla de impresiones desfavorables (Lotz 1970: 264). Entre las feroces críticas que dedica a la sociedad limeña, hay que consignar sus apuntes sobre el desagradable aspecto de las damas, quienes salían de paseo con unas raíces de planta en la boca: “Se cree al comienzo que es un hueso —apunta—; es la raíz de *Sida fruticosa* que se vende a este efecto en el Paseo [de Aguas]. Ellas la chupan y dicen que conserva los dientes. Es un espectáculo horrible” (Vegas Vélez 1991: 78).

Pero el testimonio más conocido y frecuentemente citado se halla en la carta que dirigió el 18 de enero de 1803 a su amigo don Ignacio Checa, gobernador de Jaén de Bracamoros. El sombrío panorama trazado por Humboldt en esta misiva provocó la indignación de Ricardo Palma cuando en 1906 la dio a publicidad, como primicia, en la revista *El Ateneo* de Lima.³ Desde esa oportunidad, los analistas han tratado de explicar el severo enjuiciamiento del científico berlinés en función de variadas consideraciones. Se ha hablado de resentimientos de índole personal y de los efectos notables de la crisis económica en el virreinato (Lohmann Villena 1960: 74-75).

Charles Minguet (1969: 629-630) ha invocado la influencia nociva de la literatura de viajes americanista, que desde la época de la Conquista había contribuido a difundir una imagen exagerada de la metrópoli del Rimac: población suntuosa, de activa vida mundana, con palacios magníficos, ajuar doméstico de lujo y mujeres de increíble belleza. Nada de esto halló en 1802 nuestro personaje —acompañado de sus amigos Aimé Bonpland y Carlos Montúfar, quiteño—, sino una población languideciente, viciosa en demasía, con familias materialmente

² Véase la carta de Humboldt a Jean Baptiste Joseph Delambre, fechada en Lima, 25 de noviembre de 1802; publicada en Moheit 1993: 199-206.

³ Palma (1906: 116) explicaba que había sacado una copia “del original que existe en poder de un caballero vecino de Piura”. Hoy el manuscrito se conserva en el American Museum of Natural History, de Nueva York, según la información que ofrece Moheit 1993: 217.

arruinadas y destruidas por deplorables inquinas. Además, su impresión resultaría afectada por la humedad propia de Lima y por la molesta garúa. En un naturalista auténtico como Humboldt, está claro que el clima ejercía poderosa influencia sobre el espíritu y las ganas de vivir.

Si bien se pueden aceptar algunos de los puntos críticos que contiene tal observación, es evidente que su visión negativa de la capital exageraba las tintas. ¿Qué clase de inconvenientes sufridos en este lugar pudieron condicionar tamaña opinión? Acaso tengan que ver —además de lo ya expresado— ciertos problemas de coordinación en el itinerario de Humboldt, como la imposibilidad de topar con la expedición de Baudin o la dificultad para trasladarse al opulento virreinato de México por falta de embarcaciones disponibles. Con todo, es cierto que el virreinato del Perú entraba al siglo XIX en una condición desventajosa por varias razones (véase nuestro análisis previo en la materia: Hampe Martínez 2000).

El reglamento de libre comercio, promulgado en 1778, había terminado con los antiguos privilegios de Lima como eje de la distribución regional, y la producción minera en el codiciado rubro de la plata había descendido considerablemente. Por otra parte, la mentalidad colectiva de la época tendía a reforzar la sensación de desastre, de decaimiento, en especial luego de los recortes territoriales aplicados por los Borbones a este virreinato. La desmembración de las provincias andinas del sur, incluyendo la meseta del Collao, la poblada zona de Charcas y el asiento minero de Potosí, habían intensificado la decadencia (*cf.* Lohmann Villena 1960: 68-69; Riva-Agüero 1971: 137).

Modernas indagaciones en torno al desarrollo de la producción, del comercio y de las finanzas, orientadas a discutir las repercusiones del sistema de comercio libre, han cuestionado esa imagen tradicional sobre el derrumbe de los sectores burgueses y aristocráticos de Lima.⁴ Por ejemplo, el documentado estudio de Cristina Ana Mazzeo (1994: 230-235) manifiesta que después del reordenamiento institucional aplicado por los ministros de Carlos III *no* hubo una notoria decadencia en la élite mercantil limeña. Lo que sucedió, más bien, fue una recomposición

⁴ “De hecho, contamos para fines del XVIII con algunas referencias que indican que sí hubo fortunas mayores a las sospechadas”, expresa claramente Paul Rizo-Patrón (1990: 148). En la opinión de este investigador, a pesar de los problemas que se atravesaron al nivel administrativo, en el virreinato del Perú siguió existiendo capacidad para acumular fortunas a lo largo de dicha centuria, tal como se manifiesta en los datos sobre el consumo suntuario de la nobleza. (Ahora debemos añadir el medular estudio de Rizo-Patrón. *Linaje, dote y poder. la nobleza de Lima de 1700 a 1850*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2000, una sólida y minuciosa contribución a la historia social del Virreinato).

al interior de la cúpula dirigente, en virtud de la cual dinámicos sectores de inmigrantes —vascos y navarros, especialmente— se lanzaron a nuevas actividades, como la exportación de productos no tradicionales (cacao, cobre, cascarilla), la importación de esclavos negros y el manejo de crédito a gran escala. Por este efecto quedaría limitada la imagen de una crisis económica severa, que parece flotar en los escritos de criollos y mestizos desde 1750 en adelante, como un añorante recuerdo de las pasadas grandezas del Perú.

Así, pues, ¿no sería que Alejandro de Humboldt, habiendo poco tiempo para estudiar a fondo la cuestión, se dejara llevar por la primera impresión personal o por las declaraciones de sus pesimistas contertulios en Lima? El asunto queda abierto al debate y a ulteriores indagaciones.

Sobre la correspondencia de Humboldt

CON justa razón, se considera a Alejandro de Humboldt como uno de los más prolíficos escritores de cartas de la Edad Moderna. En posesión de una grafía pequeña y algo torcida, y usando del alemán, francés e incluso del castellano, dedicaba mayormente las horas de la noche al ejercicio de la correspondencia. Un experto en materias de su biografía, Kurt R. Biermann (1990: 230), calcula que nuestro personaje debió haber redactado unas 50 000 cartas a lo largo de su extensa vida; de ellas, alrededor de 30 por ciento han sido recogidas y transcritas por el centro de investigaciones sobre Alejandro de Humboldt de la Academia de Ciencias de Berlín-Brandeburgo.⁵

En esas misivas, el sabio prusiano se entregaba a intercambiar opiniones sobre temas filosóficos y de investigación científica, a comentar sobre trabajos que le eran remitidos, a ayudar con recomendaciones y observaciones críticas a los jóvenes talentos, a difundir chismes y agradecer invitaciones etc. Cuanto más crecía la fama y edad del personaje, tanto más grande se hacía el flujo de correspondencia que llegaba hasta su morada. Para el final de su vida, recibía un promedio de tres mil cartas y esquelas al año, según estiman los investigadores de

⁵ En el año 1956 se fundó, por la entonces Academia Alemana de Ciencias de Berlín Oriental, la Comisión Alejandro de Humboldt para preparar el centenario de la muerte del sabio (1959). Su primer presidente fue el geofísico Hans Ertel. La Comisión existió hasta el año 1970, fecha en que cambió su nombre por Centro de Investigaciones sobre Alejandro de Humboldt, teniendo como primer director a Kurt R. Biermann. La actividad principal del Centro consiste en el acopio y edición de las cartas dirigidas por y para Humboldt, así como de los diarios de sus viajes a América (1799-1804) y a Rusia (1829). También efectúa investigaciones sobre la vida, obra e impacto de Humboldt y sobre la historia de las ciencias y de la cultura en la época de este personaje.

Berlín. De hecho, éstos han logrado identificar unos 2 500 nombres de personas que mantuvieron correspondencia con Humboldt.

En el puntual estudio que Biermann (1990: 230-236)⁶ ha dedicado a los correspondientes más frecuentes del sabio, quedan lamentablemente descartados —por razones de mera estadística— la mayor parte de los personajes que fueron sus contactos latinoamericanos durante el proceso de la Independencia. Tal es el caso del Libertador Simón Bolívar (1780-1830), quien conoció a Humboldt durante una común estancia en Roma y luego sostuvo un ocasional intercambio de misivas. Otros actores importantes del periodo de nuestra emancipación política, asimismo correspondientes del “segundo descubridor” del Nuevo Mundo, fueron el presidente mexicano Guadalupe Victoria (1824) y su eventual ministro de Relaciones Exteriores, Lucas Alamán (1824-1825); el prócer ecuatoriano Vicente Rocafuerte (1824) y su noble compatriota Carlos Aguirre y Montúfar (1851); el literato brasileño Antônio de Araújo de Azevedo, conde de Barca (1813-1816); los hombres de ciencia colombianos Felipe Bauzá (1824-1827) y Joaquín Acosta (1826-1827), por mencionar unos cuantos nombres.

Es un hecho evidente que el barón de Humboldt, por el prestigio de su sabiduría y sus influyentes contactos en la esfera política, poseyó un lugar de privilegio en las relaciones europeas con América Latina durante el siglo XIX. A más de media centuria de su alejamiento de las costas americanas, y aun después de su famosa expedición a Rusia y Siberia de 1829, el gran viajero seguía siendo consultado en la corte de Berlín por burócratas, exploradores y empresarios. Hemos ubicado, por ejemplo, unas cartas del viajero y diplomático suizo Johann Jakob von Tschudi de agosto de 1844 (mayormente sobre cuestiones de zoología peruana) y de febrero de 1847 (incluyendo comparaciones léxicas del sánscrito con el quechua).⁷ También vale mencionar, a guisa de complemento, su relación epistolar con Henry Meiggs, el *Pizarro yanqui* de aquella época, notable constructor y hombre de empresa, quien le escribía desde Nueva York en abril de 1858.⁸

⁶ “Wer waren die wichtigsten Briefpartner Alexander von Humboldts?”, publicado originalmente en *NTM Schriftenreihe für Geschichte der Naturwissenschaften, Technik und Medizin* (Leipzig), vol. 18 (1981), pp. 34-43.

⁷ Staatsbibliothek zu Berlin, Nachlass Alexander von Humboldt [en adelante SB Humboldt], Gr. Kasten 6, núm. 16 (carta fechada en Berlín, Luisenstrasse 16, 16 de agosto de 1844), y Gr. Kasten 13, núm. 14 (carta fechada en Viena, Botanischer Garten im Rennweg, 2 de febrero de 1847).

⁸ SB Humboldt, Kl. Kasten 2, núm. 24. Una lista de correspondientes incluye la carta de Meiggs, fechada el 1 de abril de 1858.

La mayor parte de estas informaciones sobre la correspondencia humboldtiana las tomamos directamente de su legado personal, conservado hoy día en la Staatsbibliothek (Biblioteca Estatal de Prusia), ubicada en el distrito de Berlín-Tiergarten. En este importante repositorio se ha concentrado un lote de 18 cajas de papeles que en 1932 fueron adquiridas de la familia von Heinz, residente en el castillo de Tegel y descendiente directa de una de las hijas del barón Guillermo de Humboldt (1767-1835), el hermano mayor de Alejandro. Dicho legado comprende notas personales, dibujos, manuscritos científicos y correspondencia propia de nuestro individuo. Dentro de este conjunto documental se hallan los diarios de su viaje por las regiones equinocciales del nuevo continente, muchas veces en hojas sueltas y desiguales, que contienen pensamientos, mediciones, cálculos aritméticos, citas de textos y otros apuntes.⁹

Abundando en el tema de la correspondencia, pero sin dejar de ubicar a Humboldt en la vertiente crítica de Hans Magnus Enzensberger, ni en la mofa del “buenanciano” que realizaba Bismarck, un largo ensayo de Manfred Osten (prefacio a Humboldt 1999: 13-16) ha colocado a nuestro personaje en la senda contemporánea de la interdependencia global y de las conexiones multidisciplinares. Y ha hecho énfasis en que, más allá de su vastedad de conocimientos científicos, las ideas libertarias de la Revolución Francesa—que el barón experimentó de primera mano en París— fueron el núcleo de un plan de vida ejemplarmente realizado. Alejandro de Humboldt nunca dejó de brindar su apoyo a los jóvenes estudiosos y expertos investigadores de cualquier parte del mundo, fomentando así una compleja red de intercambios a través de una nutrida correspondencia, como si fuera un sistema de globalización a su alcance particular.

En esa misma línea, Osten nos mueve a considerar la red de vinculaciones personales de Humboldt como un anticipo de la moderna gestión de relaciones públicas (*ibid.* 30). Sus reportes del viaje a los trópicos americanos, por ejemplo, se dieron a conocer casi simultáneamente en órganos de prensa de Alemania, España, Francia, Inglaterra y Estados Unidos. En las últimas piezas de su abundante correspon-

⁹ Para documentar su recorrido por el virreinato del Perú, contamos casi exclusivamente con su diario, que recoge las impresiones inmediatas de su viaje y sus anécdotas personales, y que ha sido publicado originalmente por Margot Faak (1986-90, vol. 2). Se trata de una fuente elaborada “no de manera sistemática, sino con un cierto desorden propio del que no quiere dejar pasar ninguna experiencia o sensación, siguiendo el curso de lo que [va] viviendo día a día”, conforme ha observado Orrego Acuña (1997: 75).

dencia, redactadas cuando el barón había vencido ya los ochenta años, se expresa con sinceridad y amargura sobre la permanencia del régimen esclavista en América del Norte, por un lado, y sobre el largo curso de su vida y su prestigio, por el otro. Denostando de su propia fama, el anciano veía crecer la honra junto con la imbecilidad y rechazaba el incómodo papel del “viejo de la montaña” (Humboldt 1999: 182).

Montúfar, el otro compañero de Humboldt

EL hecho de que Alejandro de Humboldt financiara de su propio peculio todos los gastos de la expedición a las regiones equinociales del Nuevo Mundo le permitió decidir, casi individualmente, la ruta, los instrumentos tecnológicos y sus acompañantes. Sólo Aimé Goujand, llamado Bonpland, el médico y botánico oriundo de La Rochela, fue su compañero permanente durante la integridad del viaje. En este lugar quisiera destacar la presencia de un tercer miembro de la expedición, unido a ambos europeos con ocasión de la visita que realizaron a la ciudad de Quito, doscientos años atrás, desde enero hasta junio de 1802.

Ese “tercer hombre” fue Carlos Montúfar y Larrea (1778-1816), criollo quiteño nacido en el seno de una familia aristocrática y acomodada, como segundogénito de los marqueses de Selva Alegre. Montúfar, que había seguido cursos de filosofía y humanidades en la Universidad de Santo Tomás de Aquino, de su ciudad natal, acompañó voluntariamente a Humboldt y Bonpland en diversas exploraciones que hicieron por las montañas y volcanes de los alrededores de Quito. Pertenecía él a lo más rancio y mejor instruido de la nobleza criolla, como hijo de don Juan Pío Montúfar y Larrea, segundo marqués de Selva Alegre, y de su prima Josefa Teresa de Larrea y Villavicencio.¹⁰

Gracias a la benevolencia de los Montúfar, el viajero alemán repartió los casi seis meses de su estadía en Quito entre la residencia solariega de la familia en la ciudad y su finca rústica del valle de los Chillos. Para junio de 1802, su partida de esta comarca produjo sensaciones de desconuelo y tristeza entre la multitud de amigos que los expedicionarios habían ganado. Uno de los más afectados fue el sabio novogranadino Francisco José de Caldas (1768-1816), cuya labor en el campo de la

¹⁰ Sobre los entronques matrimoniales de este linaje, sus bienes raíces y su decisiva participación en la lucha por la emancipación política de Quito, véase Büschges 1996: 228-235, 267-269 y 281-283. Podemos remitir también al ensayo de Christiana Borchart de Moreno, “Alexander von Humboldt y la familia Montúfar”, publicado en el catálogo de Holl (2001: 139-147).

botánica, la astronomía y otras ciencias ya era muy notable a fines del siglo XVIII.

Aunque su primer encuentro personal con Humboldt había tenido lugar sólo unos cuantos meses antes, en la localidad de Ibarra, Caldas pronto adquirió el pleno respeto y admiración de su colega europeo, al orientar con certeza sus mediciones de las grandes alturas de los Andes. Se dice que el investigador criollo le entregó su mapa del Alto Magdalena, le confió una serie de observaciones que llevarían luego a la invención del hipsómetro, y efectuó una primera salida por los alrededores de Quito al lado de Humboldt. Éste lo llenó de entusiastas y vigorosos elogios, que hicieron abrigar a Caldas la esperanza de proseguir junto con el barón la ruta por el antiguo camino de los incas.

Pero el acompañante designado para continuar el viaje fue el joven Carlos Montúfar, un “adonis, ignorante, sin principios y disipado”, subyugado probablemente por el envenenado aire de Quito, donde “no se respiran sino placeres” (tal como lo describe Caldas en una furiosa carta, dirigida a su amigo José Celestino Mutis).¹¹ En pocas palabras, el sabio novogranadino se quejaba amargamente por haber sido desplazado y atribuía el cambio de planes a una eventual relación sentimental entre Humboldt y Montúfar. . . Mucha tinta han gastado desde hace tiempo biógrafos e historiadores, examinando ese ácido contrapunteo entre el viajero berlinés y el naturalista criollo; pero es posible que nunca sepamos con certeza los factores que primaron en aquella compleja tesisura.

El hecho evidente es que los expedicionarios tomaron el camino de la sierra hacia el sur de Quito, emprendiendo a su paso la ascensión del Chimborazo ---considerado por entonces el punto montañoso más elevado del globo--- y registrando diversos vestigios de la civilización incaica en las provincias de Riobamba, Cuenca y Loja (cf. Moreno Yáñez 2002). El 1º de agosto de 1802, por el pequeño caserío de Lucarque, entraron al territorio del virreinato del Perú, y posteriormente residieron por un lapso de dos meses (octubre a diciembre de 1802) en la ciudad de Lima.

¹¹ El 21 de abril de 1802 escribe Caldas: “;Qué diferente es la conducta que el señor barón ha llevado en Santafé y Popayán de la que lleva en Quito! [...] Entra el barón en esta Babilonia, contrae por su desgracia amistad con unos jóvenes obscenos disolutos, le arrastran a las casas donde reina el amor impuro, se apodera esta pasión vergonzosa de su corazón y ciega a este joven sabio hasta un punto que no se puede creer”. Dos meses después, el 21 de junio, escribe de nuevo a Mutis y le dice: “El señor barón de Humboldt partió de aquí el ocho del corriente con Mr. Bonpland y su adonis, que no le estorba para viajar como Caldas [...] Yo le amo, pero he sentido este desaire, que no curará con nada este sabio” (cf. Díaz Piedrahita 1997).

Para dicha de los investigadores contemporáneos, se ha conservado el original del diario del viaje de Quito a Lima que llevó Carlos Montúfar y Larrea. El manuscrito fue hallado por el erudito Marcos Jiménez de la Espada en una biblioteca española y dado a publicidad en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, vol. xxv (1889). La pieza contiene interesantes observaciones sobre los pueblos y lugares que recorrió el trío de viajeros, aunque está lamentablemente trunca, pues el relato queda suspendido a la altura del mineral de Hualgayoc, en Cajamarca.

Montúfar acompañó a los ilustres europeos en sus posteriores navegaciones a Guayaquil y Acapulco, en sus intensos estudios del virreinato de Nueva España o México, en su escala en La Habana y en su visita a la joven democracia de Estados Unidos de América. Además, compartió con Humboldt y Bonpland la gloria de su celebrado retomo a París, y muy probablemente asistió a la ceremonia de coronación de Napoleón. Tuvo oportunidad de trabar amistad por entonces con Simón Bolívar. En la villa y corte de Madrid, adonde se mudó en 1806, siguió Montúfar cursos en la Real Academia de Nobles y participó luego en la guerra contra la invasión napoleónica de la “madre patria” (Chiriboga Navarro 1960: 71-73).

Hemos tenido oportunidad de ubicar, en la Biblioteca Estatal de Berlín, unas cartas originales del aristócrata quiteño para el barón de Humboldt. Las misivas están fechadas en Madrid el 8 y 12 de mayo de 1806. Por desgracia, estas piezas no se refieren a las investigaciones naturalistas ni a los devaneos políticos que eran comunes a ambos personajes, comprometidos de todo corazón en la lucha contra las ataduras extranjeras. El trasfondo de ambas misivas es puramente económico: Montúfar solicita a su mentor prusiano la remesa de ciertas cantidades de dinero que le eran indispensables para vivir con dignidad.¹²

Finalmente, con el rango de teniente coronel de los reales ejércitos, volvió este personaje a América del Sur en 1810. De aquí en adelante, quebrando su compromiso de fidelidad a los Borbones, se hizo un ardoroso defensor de la causa emancipadora. Luchó en varios campos de batalla a favor de la junta de gobierno de Quito —donde tuvo intervención decisiva su padre (cf. Beerman 1980)— y se unió después al ejército de Bolívar. Pero tuvo la mala fortuna de caer preso tras la derrota en Cuchilla del Tambo (Pasto), siendo condenado a muerte y

¹² SB Humboldt, Gr. Kasten 2, Mappe 3, núm. 94 (carta del 8 de mayo de 1806) y núm. 95 (carta del 12 de mayo de 1806).

fusilado por los realistas en Buga, el 31 de julio de 1816. Su agitada y heroica existencia terminó así a los 38 años de edad.

Dos naturalistas: Humboldt y Rivero

UNA puntual y fructuosa investigación de Monique Alaperrine-Bouyer (1999), docente de civilización hispanoamericana en la Universidad de París III, nos permite reconstruir la vinculación amistosa de dos célebres naturalistas del siglo XIX, Mariano Eduardo de Rivero y Ustariz y Alejandro de Humboldt, a través de su correspondencia guardada en la Biblioteca Estatal de Berlín. Se trata de una parte de la documentación que forma el legado personal del barón y que pasó a dicho repositorio gracias a la intervención de sus descendientes, los von Heinz. El trabajo de Alaperrine-Bouyer reproduce con bastante cuidado seis cartas originales de Rivero, fechadas entre 1822 y 1826, a las que antepone un estudio relativo al curso vital del ilustre arequipeño (1798-1857) como científico naturalista, precursor de la arqueología andina, administrador público, reformador y hombre de convicciones liberales.¹³

Es de suponer que el rico criollo, enviado en su juventud a capacitarse en Europa, conociera a Humboldt durante su larga estancia en París, donde fue alumno de la Escuela Politécnica y de la Escuela de Minas. Aunque Alaperrine-Bouyer dedica mayor énfasis al protagonismo del arequipeño, acierta en declarar que el científico prusiano constituía para entonces el modelo de sabiduría por excelencia en Europa. Por lo tanto, siendo casi treinta años mayor que Rivero, le sirvió de eficaz consejero y apoyo para sus investigaciones; fue como “una figura paterna que le guió en su vocación y estudios”, según la citada investigadora (Alaperrine-Bouyer 1999: 21).

Influido por el racionalismo de la Ilustración y el vocabulario de sus maestros franceses, Mariano Eduardo de Rivero hace en aquellas cartas frecuente uso de galicismos. Supobre dominio del idioma castellano se debía, por cierto, al hecho de haber abandonado el Perú cuando era sólo un joven de doce años, y ese viaje al Nuevo Mundo —del cual relatan las cartas guardadas en Berlín— significaba el retomo a su patria lejana (cf. Coloma Porcarí 1994: 95s). Rivero, Jean-Baptiste

¹³ La correspondencia de Rivero se encuentra en SB Humboldt, Gr. Kasten 4, núm. 14/15, y K1. Kasten 7b, núm. 41. Las cartas están fechadas en La Guaira, 7 de diciembre de 1822; Maracay, 15 de febrero de 1823; Bogotá, 8 de octubre de 1823 y 21 de abril de 1825; Lima, 1º de febrero de 1826 y 21 de junio de 1826 (véase las transcripciones correspondientes en Alaperrine-Bouyer 1999: 48-70).

Boussingault y algunos camaradas franceses habían sido contratados por Francisco Antonio Zea, comisionado del gobierno republicano de la Gran Colombia, para desarrollar una expedición científica de ambiciosas miras.

La serie epistolar comienza con el arribo de Rivero a las costas de Venezuela, en noviembre de 1822. De manera constante, el estudioso arequipeño compara sus propias impresiones con la visión trazada por Humboldt en su *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, y elogia esta obra pionera así: “Cada día veo y leo con más gusto sus descripciones interesantes y exactas de estos países; nada nos ha quedado que decir, todo está dicho, y así nosotros vamos sobre sus mismos pasos” (Alaperrine-Bouyer 1999: 53). No es necesario repasar las frecuentes observaciones de minerales, plantas, animales, y de las condiciones topográficas y atmosféricas de las regiones visitadas, pero es evidente que Rivero quería dar muestra de su talento científico, haciendo notar además que enviaba ejemplares importantes a sus amigos en Francia, gente como Brongniart, Cuvier y Gay-Lussac, entre otros.

Sabemos que esta correspondencia destinada a Humboldt, por entonces residente en París, se generó en lugares tan diversos como La Guaira, Caracas, Maracay, Bogotá, Quito, Guayaquil y Lima. No se encuentra íntegramente conservada, pues sólo quedan esas seis cartas originales de Rivero dentro del legado humboldtiano, trasluciendo las curiosidades de ambos personajes en materia de geografía, geología, zoología, botánica, etnología etcétera.

Luego de dos años y medio de trabajo, al concluir su labor profesional en la Gran Colombia, Rivero dejaba instalada en Bogotá una Escuela de Minas y un Museo de Ciencias Naturales. Por fin, en enero de 1826 llegó el personaje de vuelta al Perú, realizando sus primeros contactos sociales y observaciones naturalistas en la ciudad de Lima. Las condiciones en que halló la capital, recién terminada la guerra por la Independencia con la capitulación del general Rodil, no eran para nada favorables: “Lima se ha cubierto de luto ---dice---; familias enteras no existen, durante el sitio se han comido entre caballos, burros y mulas como mil y tantos, las ratas y todas especies de animales no han podido escaparse del hambre de los sitiados” (Alaperrine-Bouyer 1999: 66).

Rivero declara que el recuerdo personal de Humboldt había quedado en muchos individuos de la América meridional que le conocieron, ya sea en su viaje al Nuevo Mundo o en la propia Europa, como por ejemplo Simón Bolívar (entonces dictador del Perú). “El

gran Bolívar —anota— ha hablado conmigo y en público sobre sus colosales conocimientos, amabilidad, hospitalidad, genio y talentos” (*ibid.* 68). La recomendación formal que el barón prusiano extendiera para Rivero ante el Libertador surtió ciertamente efecto, pues aquél reconoce las “mil atenciones y favores” que mereció de parte del gobernante en Lima, y señala la mucha esperanza que había en las virtudes organizadoras del genio caraqueño.

Termina la correspondencia con el dato de que en junio de 1826 Mariano Eduardo de Rivero tomaba el camino del sur para visitar las regiones serranas de Arequipa, Cuzco y Puno, de donde había estado alejado por muchos años. No bien se instaló de vuelta en la patria, había recibido el doble nombramiento de director general de Minería e inspector de Instrucción Pública, con lo cual inició un agitado camino por las oficinas burocráticas y los vaivenes políticos. La distancia y el tiempo hicieron que aflojaran sus vínculos con Europa, aunque no al punto de perder contacto con los grandes investigadores peruanistas: junto con el explorador suizo Johann Jakob von Tschudi (1818-1889) sacó a luz las *Antigüedades peruanas* en Viena, 1851,¹⁴ y vino a terminar sus días sirviendo como diplomático en París, la propia ciudad donde naciera su amistad con Humboldt.

Tanto los estudiosos de la vida y obra de Rivero como los interesados en la abundante correspondencia personal de Alejandro de Humboldt, y en su recepción dentro de los medios académicos de América Latina, hallarán enorme provecho en la investigación de Monique Alaperrine-Bouyer (1999). Este trabajo pone en evidencia, pues, una red de corresponsalía que ya en la primera mitad del siglo XIX asumía las dimensiones de un proyecto moderno, con priorización voluntaria de las ciencias naturales; el elevado prestigio e importancia que estas ciencias gozarían a partir de entonces son impensables sin la autoridad moral de Humboldt. En definitiva, se trata de un diálogo intelectual, racionalista, situado por encima de las fronteras nacionales y de los márgenes de las ciencias, que fue asumido por los mismos contemporáneos como un progreso frente al esquema tradicional. Para ese hijo del Siglo de las Luces que fue Alejandro de Humboldt, ese ciudadano universal y políglota, la ciencia y su promoción se hallaban vinculadas de manera indisoluble con la triada revolucionaria de la libertad la igualdad y la fraternidad.

¹⁴ Para comprender la importancia de la tarea peruanista de Tschudi, véase la colección de ensayos publicada por Kaulicke (2001)

Humanista de actitud tolerante y ecléctica, explorador de lejanas tierras americanas y asiáticas, amante del detalle y escritor infatigable, Humboldt dejó una obra de más de sesenta volúmenes. En este contexto hay que destacar la síntesis de ciencia y estética, de concepción y percepción, de razón y sentimiento, que se manifiesta en el diseño general de su amplia serie de publicaciones. Según advierte Manfred Osten (*apud* Humboldt 1999: 28-29), la obra donde mejor se observa este rasgo es el *Cosmos* o “esquema de una descripción física del mundo”, cuyo quinto volumen salió póstumamente en 1862. La popularización de los descubrimientos especializados es uno de los terrenos en que Humboldt estuvo más activo, tal como lo demuestran sus afanes en favor de la instrucción de los mineros de Franconia y sus concurridas conferencias públicas en París y Berlín, por ejemplo. De allí el resultado de su enorme fama, con una audiencia que llegaba desde humildes operarios hasta profesores universitarios y las más poderosas figuras de la corte, tanto en Europa como en América.

BIBLIOGRAFÍA

- Alaperrine-Bouyer, Monique, 1999, *Mariano Eduardo de Rivero en algunas de sus cartas al barón Alexander von Humboldt*, Arequipa, Universidad Nacional de San Agustín, Centro de Estudios Arequipeños, 70 págs.
- Beerman, Eric, 1980, “El marqués de Selva Alegre, héroe de la independencia ecuatoriana”, *Revista del Archivo Histórico del Guayas* (Guayaquil), núm. 18, pp. 25-37.
- Bertaux, Pierre, 1997, “¿Por qué Alexander von Humboldt?”, en *125 Jahre Deutsche Schule Lima/45 Jahre Colegio “Alexander von Humboldt” Festschrift zum Jubiläumsjahr 1997*, Lima, Colegio Peruano-Alemán “Alexander von Humboldt”, pp. 65-72.
- Biermann, Kurt R., 1990, *Miscellanea Humboldtiana*, Berlín, Akademie-Verlag, 304 págs. (*Beiträge zur Alexander-von-Humboldt-Forschung*, 15).
- Botting, Douglas, 1981, *Humboldt y el cosmos: vida, obra y viajes de un hombre universal (1769-1859)*, trad. de Manuel Crespo, Barcelona, Ediciones del Serbal, 264 págs.
- Buschges, Christian, 1996, *Familie, Ehre und Macht: Konzept und soziale Wirklichkeit des Adels in der Stadt Quito während der späten Kolonialzeit (1765-1822)*, Stuttgart, Franz Steiner, 318 págs. (*Beiträge zur Kolonial- und Überseegeschichte*, 66).
- Chiriboga Navarro, Ángel Isaac, 1960, “El coronel don Carlos Montúfar y Larrea: el héroe más auténtico y venerado de la patria ecuatoriana”, *Museo Histórico* (Quito), núms. 35 y 36, pp. 66-90.

- Coloma Porcari, César, 1994, *Los inicios de la arqueología en el Perú, o "Antigüedades peruanas" de Mariano Eduardo de Rivero*, Lima, Instituto Latinoamericano de Cultura y Desarrollo, 180 págs.
- Díaz Piedrahita, Santiago, 1997, *Nueva aproximación a Francisco José de Caldas: episodios de su vida y de su actividad científica*, prólogo de Luis Carlos Mantilla, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, xvi, 293 págs. (*Biblioteca de Historia Nacional*, 149).
- Duviols, Jean-Paul, y Charles Minguet, 1994, *Humboldt, savant-citoyen du monde*, Paris, Gallimard, 144 págs. (*Découvertes Gallimard*, 199).
- Ette, Ottmar, 1992, "Alexander von Humboldt, der zweite Entdecker, und die zweite Eroberung Amerikas", en *Amerika 1492-1992: neue Welten-neue Wirklichkeiten*, Berlín, Ibero-Amerikanisches Institut & Museum für Völkerkunde, vol. 2, pp. 130-139.
- Faak, Margot, ed., 1986-90, *Alexander von Humboldt Reise auf dem Río Magdalena, durch die Anden und Mexiko*, Berlín, Akademie-Verlag, 2 vols. (*Beiträge zur Alexander von-Humboldt-Forschung*, 8/9).
- Hampe Martínez, Teodoro, 2000, "El virreinato del Perú en los ojos de Humboldt (1802): una visión crítica de la realidad social", *Ibero-Amerikanisches Archiv* (Berlín), vol. 26, pp. 191-208 [*Cuadernos Americanos*, núm. 78 (1999), pp. 52-69].
- Holl, Frank, ed. 2001, *El regreso de Humboldt: exposición en el museo de la ciudad de Quito, junio-agosto de 2001*, Quito, Imprenta Mariscal, 207 págs.
- Humboldt, Alexander von, 1999, *Über die Freiheit des Menschen — Auf der Suche nach Wahrheit*, ed. de Manfred Osten, Frankfurt am Main & Leipzig, Insel Verlag, 197 págs. (*Insel Taschenbuch*, 2521).
- Kaulicke, Peter, ed., 2001. *Aportes y vigencia de Johann Jakob von Tschudi (1818-1889)*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 243 págs.
- Lohmann Villena, Guillermo, 1960, "Humboldt en el Perú", en *Conferencias leídas en los días 19 y 22 de octubre de 1959, con motivo del centenario del fallecimiento de Alejandro de Humboldt*, Madrid, Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, pp. 47-79.
- Loschner, Renate, ed., 1988, *Alexander von Humboldt, inspirador de una nueva ilustración de América*, Berlín, Ibero-Amerikanisches Institut, 142 págs.
- Lotz, Arthur, 1970, "Alexander von Humboldt in Lima und seine Mitteilungen über eine peruanische Hieroglyphenschrift", *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas* (Köln/Wien), vol. 7, pp. 264-290.
- Mazzeo, Cristina Ana, 1994, *El comercio libre en el Perú: las estrategias de un comerciante criollo (José Antonio de Lavalle y Cortés, conde de Premio Real, 1777-1815)*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 279 págs.
- Minguet, Charles, 1969, *Alexandre de Humboldt, historien et géographe de l'Amérique espagnole (1799-1804)*, Paris, François Maspero, 693 págs.

- Miró Quesada, Aurelio, 1966, "Amistades de Humboldt en Lima", en *20 temas peruanos*, Lima, Talls, Gráfs. P. L. Villanueva, pp. 251-268.
- Moheit, Ulrike, ed. 1993, *Alexander von Humboldt: Briefe aus Amerika, 1799-1804*, Berlín, Akademie-Verlag, 376 págs. (*Beiträge zur Alexander-von-Humboldt-Forschung*, 16).
- Montufar, Carlos, 1889, "Biaje de Quito a Lima de [...] con el barón de Humboldt y don Alexandro Bompland", *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, vol. xxv, pp. 1-19.
- Moreno Yanez, Segundo E., 2002, "Humboldt en tierras ecuatoriales" (recopilación de artículos publicados en el diario *Hoy*, de Quito).
- Núñez, Estuardo, y Georg Petersen, 1971, *El Perú en la obra de Alejandro de Humboldt*, Lima, Librería Studium, 261 págs.
- Orrego Acuña, Eduardo, 1997, "Alejandro de Humboldt y el Perú", *La casa de cartón de Oxy* (Lima), 11 época, núm. 12, pp. 68-77.
- Ortega y Medina, Juan Antonio, 1960, *Humboldt desde México*, México, UNAM, 318 págs.
- Palma, Ricardo, 1906, "Carta del barón de Humboldt al gobernador de Jaén, don Ignacio Checa, copiada del original que existe en poder de un caballero vecino de Piura", *El Ateneo* (Lima), vii, núm. 40, pp. 116-120.
- Porras Barrenechea, Raúl, 1969, Estudio preliminar a José de la Riva-Agüero, *Paisajes peruanos*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. ix-clxxxviii.
- Riva-Agüero, José de la, 1971, "Alejandro de Humboldt y el Perú" [discurso pronunciado en 1936], en sus *Estudios de historia peruana: la emancipación y la República*, recopilación y notas de César Pacheco Vélez, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 131-143.
- Rizo-Patron, Paul, 1990, "La nobleza de Lima en tiempos de los Borbones", *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* (Lima), vol. 19, pp. 129-163.
- Tulard, Jean, 1990, *Alexandre de Humboldt, L'Amérique espagnole en 1800, Récit d'un savant allemand présenté par*, Paris, Calmann-Lévy, 296 págs.
- Vegas Vélez, Manuel, 1991, *Humboldt en el Perú: diario de Alejandro de Humboldt durante su permanencia en el Perú (agosto a diciembre de 1802)*, traducido del francés por [...], Piura, Centro de Investigación y Promoción del Campesinado, 96 págs.